

Fotografía: Virginia Abrín

# Jaime Augusto Shelley: concierto para un hombre solo

Iván Cruz Osorio

PARECE INEVITABLE QUE AL CONVOCAR A ALGUNO DE LOS NOMBRES de aquellos autores que integraron el volumen *La espiga amotinada* (FCE, 1960) se les mida con un mismo rasero y que tanto escritores y críticos emergentes supongan que se trató de un grupo compacto que escribió “poesía comprometida”. En nuestra literatura abundan las etiquetas, los clichés y se ausenta la investigación y hasta la curiosidad. Dentro de los muchos males que han acarreado las múltiples reediciones del libro *Poesía en movimiento. México 1915-1966* (Siglo XXI, 1966), y la solicitud de académicos y coordinadores de talleres para que sus alumnos lo lean como la santa Biblia, se pueden contar como damnificados a los miembros de este no-grupo. Los poetas jóvenes reunidos en *Poesía en movimiento* se han quedado petrificados, lo que Octavio Paz espetó en el prólogo sobre los autores a partir de su lectura del *Y King* ha permanecido como punto de partida de la crítica sobre sus obras. Ahora bien, el caso específico de “Los espigos” dentro de dicho prólogo es notable por la mala leche con que Paz trata a estos herederos directos de la estética de Efraín Huerta, quien en aquellos años acababa de publicar el poema que lo regresaba al protagonismo de una poesía que fluía maravillosamente en el río de la historia: *El Tajín* (Pájaro cascabel, 1963). Y es precisamente este ángulo, el de la historia, en que Paz arremete:

En 1960 apareció un libro, *La espiga amotinada*, que era la presentación colectiva de cinco jóvenes... El título del libro era romántico y un poco retórico. Los poemas también lo eran. La actitud del grupo pareció exagerada. Paso por alto la retórica y me quedo con el romanticismo y la exageración... los cinco han declarado que para ellos el ejercicio de la poesía es inseparable del cambio de la sociedad. Esta pretensión, en la segunda mitad del siglo xx, puede hacer sonreír. Por mi parte creo que, inclusive si se estrellan contra el famoso muro de la historia, pensar y obrar así es un punto de honra para cualquier poeta y más si es joven.<sup>1</sup>

Octavio trata con lacerante condescendencia a estos jóvenes que quizá se estrellen contra “el famoso muro de la historia”, con esta frase, no es descabellado suponerlo, indirectamente refiere a sus pares generacionales: Revueltas y Huerta. Cuando Paz comenta sobre los poemas de Jaime Augusto Shelley, lo hace siempre distinguiéndolo del resto del grupo como el más experimental. Esta apreciación genérica, no deja de ser cierta, pero esto ya lo advertían críticos de la época como Agustí Bartra, quien prologó el volumen

---

<sup>1</sup> Octavio Paz, “Aviso” en *Poesía en movimiento*, p. 28.

*La espiga amotinada*, y José Emilio Pacheco. Lo cierto es que los rasgos experimentales que la crítica apuntó en Shelley eran aquellos que lo acercaban a la poesía estadounidense emergente encarnada en Langston Hughes y la generación Beat. Veían en la obra de Jaime Augusto la incursión del modelo de improvisación, del vértigo, de la llegada a la página de formatos similares al de papel pautado, en pocas palabras, veían la llegada a nuestra lírica de la poesía inspirada en la libre creación de la música jazz y en sus poemas de denuncia un acercamiento frontal al lamento del blues. Para muestra este fragmento del poema “Occidental saxo”:

En el acoso del odio y del deseo  
 en el febril acoso de cientos de hormigas voraces  
 en los recovecos perdidos  
 entre la marisma de las gesticulaciones  
 y los gritos y las roncadas manifestaciones

NIGHT & DAY Jazz Club  
 Every day & all night long

Entre pasillos atestados de sombras canales de cuerpo  
 [azul y sombra  
 golpes uniformes desde el bajo junto al piano  
 canales de risa y el brillo dorado del saxo en los alledaños  
 del sueño  
 escondrijo así  
 entre los dedos (para cogerse a la luna)  
 Terronautas afanosos  
 indescritiblemente ateridos  
 cuando las voces alcanzan el silencio es  
 porque nada hay más que decirse  
 y el alcohol se balancea ahíto en su alta torre de miedo  
 Saxo es el eje de espanto merodeante

Esto por sí mismo no plantea una novedad, en la medida de que los estridentistas trabajaron su obra dentro del delirio del fox-trot y las *jazz bands* como el poemario *Radio. Poema inalámbrico en trece mensajes* (1924) de Kyn Taniya. El rasgo de distinción es que Jaime Augusto Shelley lleva la improvisación misma del jazz al poema, el tema gira en torno a la música y ésta cabalga por sí misma creando una atmósfera, un espacio. “Occidental saxo”, publicado en 1965, es un poema en que la música se apodera del verso y el poeta se deja llevar. Poetas de su generación asumieron esta misma

postura como Sergio Mondragón (1932) y José Carlos Becerra (1937), en mucho influidos desde luego por la música, pero tras ver los resultados en la obra de poetas como Allen Ginsberg, Lenore Kandel y Lawrence Ferlinghetti. Arnulfo Vigil, poeta y ensayista, apunta al respecto de esta poesía que acoge a la música jazz y al blues como guías:

La poesía abre sus ventanas para que se incorporen nuevos ritmos logrados a través de la acentuación irregular, versos convertidos en versículos a la par de versos de arte menor, cobijados más por el aliento que por la métrica, y cuyo tono se da a partir de la respiración y no —ya no— de medidas establecidas... Los idiomas ya no rigen la poesía sino la forma de componer y la orientación que toma a partir de los signos de la música: jazz y del blues.<sup>2</sup>

Dos columnas rigen la trayectoria poética de Jaime Augusto Shelley, la primera es la crítica política y social y la segunda la música. Shelley es un melómano y lo ha dejado explícito en poemas en que ambas vertientes confluyen, por ejemplo en “Reino en la montaña” y “Baile de máscaras”, pero es su más reciente poemario publicado *Concierto para un hombre solo* (Plan C, La mosca muerta 5, 2001) en que Shelley concentra su melomanía con su crítica política en un solo volumen y el resultado es quizá su libro más rotundo, más variado en registros, en que el humor negro, el sarcasmo, el veneno, la contundencia, el romanticismo conforman un volumen de una madurez entrañable y envolvente.

*Concierto para un hombre solo* somete al lector a una sesión puramente musical, el autor se deja llevar y nos conduce por los caminos que los distintos géneros musicales indican, para esto se sirve exclusivamente de formas clásicas de música occidental: allegretto, andantino, ángelus, suite, pasacalle, toccata y fuga, sonata, vals, réquiem, etc. Jaime Augusto retoma estos géneros y los reinventa dentro de la poesía, así los versos toman el carácter del ritmo musical, por ejemplo el poema “Después del réquiem”:

<sup>2</sup> Arnulfo Vigil, “Blues poema Jazz”, en *Alforja. Revista de poesía*, número 44, primavera, 2008, p. 12.

